



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de mayo de 2009

San Juan Damasceno

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de san Juan Damasceno, un personaje destacado en la historia de la teología bizantina, un gran doctor en la historia de la Iglesia universal. Es, sobre todo, un testigo ocular del paso de la cultura griega y siriaca, compartida por la parte oriental del Imperio bizantino, a la cultura del islam, que se abrió espacio con sus conquistas militares en el territorio reconocido habitualmente como Oriente Medio o Próximo. Juan, nacido en una familia cristiana rica, aún joven asumió el cargo —quizá ocupado también por su padre— de responsable económico del califato. Sin embargo, muy pronto, insatisfecho de la vida de la corte, escogió la vocación monástica, entrando en el monasterio de San Sabas, situado cerca de Jerusalén. Era alrededor del año 700. Sin alejarse nunca del monasterio, se dedicó con todas sus fuerzas a la ascesis y a la actividad literaria, aunque no desdeñó la actividad pastoral, de la que dan testimonio sobre todo sus numerosas *Homilías*. Su memoria litúrgica se celebra el 4 de diciembre. El Papa León XIII lo proclamó doctor de la Iglesia universal en 1890.

En Oriente se recuerdan de él sobre todo los tres *Discursos contra quienes calumnian las imágenes santas*, que fueron condenados, después de su muerte, por el concilio iconoclasta de Hieria (754). Sin embargo, estos discursos fueron también el motivo principal de su rehabilitación y canonización por parte de los Padres ortodoxos convocados al segundo concilio de Nicea (787), séptimo ecuménico. En estos textos se pueden encontrar los primeros intentos teológicos importantes de legitimación de la veneración de las imágenes sagradas, uniéndolas al misterio de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

San Juan Damasceno fue, además, uno de los primeros en distinguir, en el culto público y privado de los cristianos, entre la adoración (*latreia*) y la veneración (*proskynesis*): la primera sólo puede dirigirse a Dios, sumamente espiritual; la segunda, en cambio, puede utilizar una imagen para dirigirse a aquel que es representado en esa imagen. Obviamente, el santo no puede en ningún caso ser identificado con la materia de la que está compuesta la imagen. Esta distinción se reveló en seguida muy importante para responder de modo cristiano a aquellos que pretendían como universal y perenne la observancia de la severa prohibición del Antiguo Testamento de utilizar las imágenes en el culto. Esta era la gran discusión también en el mundo islámico, que acepta esta tradición judía de la exclusión total de imágenes en el culto. En cambio los cristianos, en este contexto, han discutido sobre el problema y han encontrado la justificación para la veneración de las imágenes.

San Juan Damasceno escribe: "En otros tiempos Dios no había sido representado nunca en una imagen, al ser incorpóreo y no tener rostro. Pero dado que ahora Dios ha sido visto en la carne y ha vivido entre los hombres, yo represento lo que es visible en Dios. Yo no venero la materia, sino al creador de la materia, que se hizo materia por mí y se dignó habitar en la materia y realizar mi salvación a través de la materia. Por ello, nunca cesaré de venerar la materia a través de la cual me ha llegado la salvación. Pero de ningún modo la venero como si fuera Dios. ¿Cómo podría ser Dios aquello que ha recibido la existencia a partir del no ser? (...) Yo venero y respeto también todo el resto de la materia que me ha procurado la salvación, en cuanto que está llena de energías y de gracias santas. ¿No es materia el madero de la cruz tres veces bendita? (...) ¿Y no son materia la tinta y el libro santísimo de los Evangelios? ¿No es materia el altar salvífico que nos proporciona el pan de vida? (...) Y antes que nada, ¿no son materia la carne y la sangre de mi Señor? O se debe suprimir el carácter sagrado de todo esto, o se debe conceder a la tradición de la Iglesia la veneración de las imágenes de Dios y la de los amigos de Dios que son santificados por el nombre que llevan, y que por esta razón habita en ellos la gracia del Espíritu Santo. Por tanto, no se ofenda a la materia, la cual no es despreciable, porque nada de lo que Dios ha hecho es despreciable" (*Contra imaginum calumniatores*, I, 16, ed. Kotter, pp. 89-90).

Vemos que, a causa de la encarnación, la materia aparece como divinizada, es considerada morada de Dios. Se trata de una nueva visión del mundo y de las realidades materiales. Dios se ha hecho carne y la carne se ha convertido realmente en morada de Dios, cuya gloria resplandece en el rostro humano de Cristo. Por consiguiente, las invitaciones del Doctor oriental siguen siendo de gran actualidad, teniendo en cuenta la grandísima dignidad que la materia recibió en la Encarnación, pues por la fe pudo convertirse en signo y sacramento eficaz del encuentro del hombre con Dios.

Así pues, san Juan Damasceno es testigo privilegiado del culto de las imágenes, que ha sido uno de los aspectos característicos de la teología y de la espiritualidad oriental hasta hoy. Sin embargo, es una forma de culto que pertenece simplemente a la fe cristiana, a la fe en el Dios que se hizo carne y se hizo visible. La doctrina de san Juan Damasceno se inserta así en la

tradición de la Iglesia universal, cuya doctrina sacramental prevé que elementos materiales tomados de la naturaleza puedan ser instrumentos de la gracia en virtud de la invocación (*epiclesis*) del Espíritu Santo, acompañada por la confesión de la fe verdadera.

En unión con estas ideas de fondo san Juan Damasceno pone también la veneración de las reliquias de los santos, basándose en la convicción de que los santos cristianos, al haber sido hechos partícipes de la resurrección de Cristo, no pueden ser considerados simplemente "muertos". Enumerando, por ejemplo, aquellos cuyas reliquias o imágenes son dignas de veneración, san Juan precisa en su tercer discurso en defensa de las imágenes: "Ante todo (veneramos) a aquellos en quienes ha habitado Dios, el único santo, que mora en los santos (cf. *Is* 57, 15), como la santa Madre de Dios y todos los santos. Estos son los que, en la medida de lo posible, se han hecho semejantes a Dios con su voluntad y por la inhabitación y la ayuda de Dios, son llamados realmente dioses (cf. *Sal* 82, 6), no por naturaleza, sino por contingencia, como el hierro al rojo vivo es llamado fuego, no por naturaleza sino por contingencia y por participación del fuego. De hecho dice: "Seréis santos, porque yo soy santo" (*Lv* 19, 2)" (III, 33, col. 1352A).

Por eso, después de una serie de referencias de este tipo, san Juan Damasceno, podía deducir serenamente: "Dios, que es bueno y superior a toda bondad, no se contentó con la contemplación de sí mismo, sino que quiso que hubiera seres beneficiados por él que pudieran llegar a ser partícipes de su bondad; por ello, creó de la nada todas las cosas, visibles e invisibles, incluido el hombre, realidad visible e invisible. Y lo creó pensándolo y realizándolo como un ser capaz de pensamiento (*ennoema ergon*) enriquecido por la palabra (*logo[i] sympleroumenon*) y orientado hacia el espíritu (*pneumati teleiounenon*)" (II, 2: *PG* 94, col. 865A). Y para aclarar aún más su pensamiento, añade: "Es necesario asombrarse (*thaumazein*) de todas las obras de la providencia (*tes pronoias erga*), alabarlas todas y aceptarlas todas, superando la tentación de señalar en ellas aspectos que a muchos parecen injustos o inicuos (*adika*); admitiendo, en cambio, que el proyecto de Dios (*pronoia*) va más allá de la capacidad de conocer y comprender (*agnoston kai akatalepton*) del hombre, mientras que, por el contrario, sólo él conoce nuestros pensamientos, nuestras acciones e incluso nuestro futuro" (II, 29: *PG* 94, col. 964C). Por lo demás, ya Platón decía que toda filosofía comienza con el asombro: también nuestra fe comienza con el asombro ante la creación, ante la belleza de Dios que se hace visible.

El optimismo de la contemplación natural (*physikè theoria*), de ver en la creación visible lo bueno, lo bello y lo verdadero, este optimismo cristiano no es un optimismo ingenuo: tiene en cuenta la herida infligida a la naturaleza humana por una libertad de elección querida por Dios y utilizada mal por el hombre, con todas las consecuencias de disonancia generalizada que han derivado de ella. De ahí la exigencia, percibida claramente por el teólogo de Damasco, de que la naturaleza en la que se refleja la bondad y la belleza de Dios, heridas por nuestra culpa, "fuese reforzada y renovada" por la venida del Hijo de Dios en la carne, después de que de muchas formas y en diversas ocasiones Dios mismo hubiera intentado demostrar que había creado al hombre no sólo para que tuviera el "ser", sino también el "bienestar" (cf. *La fede ortodossa*, II, 1: *PG* 94, col. 981).

Con asombro apasionado san Juan explica: "Era necesario que la naturaleza fuese reforzada y renovada, y que se indicara y enseñara concretamente el camino de la virtud (*didachthenai aretes hodòn*), que aleja de la corrupción y lleva a la vida eterna. (...) Así apareció en el horizonte de la historia el gran mar del amor de Dios por el hombre (*philanthropias pelagos*)". Es una hermosa afirmación. Vemos, por una parte, la belleza de la creación; y, por otra, la destrucción causada por la culpa humana. Pero vemos en el Hijo de Dios, que desciende para renovar la naturaleza, el mar del amor de Dios por el hombre. San Juan Damasceno prosigue: "Él mismo, el Creador y Señor, luchó por su criatura trasmitiéndole con el ejemplo su enseñanza. (...) Así, el Hijo de Dios, aun subsistiendo en la forma de Dios, descendió de los cielos y bajó (...) hasta sus siervos (...), realizando la cosa más nueva de todas, la única cosa verdaderamente nueva bajo el sol, a través de la cual se manifestó de hecho el poder infinito de Dios" (III, 1: PG 94, col. 981C984B).

Podemos imaginar el consuelo y la alegría que difundían en el corazón de los fieles estas palabras llenas de imágenes tan fascinantes. También nosotros las escuchamos hoy, compartiendo los mismos sentimientos de los cristianos de entonces: Dios quiere morar en nosotros, quiere renovar la naturaleza también a través de nuestra conversión, quiere hacernos partícipes de su divinidad. Que el Señor nos ayude a hacer que estas palabras sean sustancia de nuestra vida.

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en particular a los participantes en el xxii curso de actualización sacerdotal organizado por el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, así como a los demás grupos procedentes de España, México, Ecuador, Argentina y otros países latinoamericanos. Que, animados por la intercesión y la presencia alentadora de los santos, demos testimonio del Evangelio de palabra y con la propia vida. Muchas gracias.

(En portugués)

Que esta peregrinación a las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo fortalezca en vuestro corazón el sentir y el vivir en la Iglesia bajo la tierna mirada de la Virgen Madre. Aprended a leer como ella los signos de Dios en la historia y en vuestra vida, para que seáis constructores de una humanidad nueva.

(A los peregrinos polacos)

Pasado mañana se celebra la solemnidad del principal patrono de Polonia y, de modo particular, de Cracovia, san Estanislao, obispo y mártir. Recordándolo, permanezcamos fieles a los valores que nos indicó con su ejemplo. Encomendando a vuestra oración mi viaje a Tierra Santa, os bendigo de corazón.

(En lengua checa)

Hoy se celebra la fiesta de san Juan Sarkánder. Este sacerdote supo vivir del misterio pascual. El Salvador fue para él fuerza incluso en el martirio. También vosotros sacad fuerza de la cruz de Cristo y de la Resurrección. Os bendigo de corazón.

(En eslovaco)

Queridos hermanos y hermanas, el domingo pasado celebramos la Jornada de oración por las vocaciones. Pedid a Cristo, buen Pastor, que mande siempre nuevos obreros a su mies. De corazón os bendigo a vosotros y a vuestros seres queridos.

(En lengua italiana)

(A las religiosas de diversas congregaciones)

Queridas hermanas, os aseguro mi oración para que el Espíritu del Resucitado os ayude a discernir los signos de los tiempos, a fin de que deis testimonio del Evangelio con fidelidad y alegría.

(A un grupo de médicos católicos)

Queridos amigos, vuestra obra, que se pone al servicio del ser humano desde su concepción hasta su término natural, sea siempre testimonio elocuente de solidaridad humana y cristiana. Por tanto, proseguid con generosidad vuestro valioso servicio a la vida, valor fundamental en el que se reflejan la sabiduría y el amor de Dios. Que vuestro trabajo se enriquezca cada día con un profundo espíritu de fe y se vea animado por la fidelidad y la coherencia con los principios que deben inspirar la actividad de todo médico.

"Quiero dirigirme, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Hace pocos días comenzó el mes de mayo, que el pueblo cristiano dedica de modo especial a la Madre del Señor. Queridos *jóvenes*, os invito a entrar en la escuela de María para aprender a amar a Dios sobre todas las cosas y estar siempre dispuestos a cumplir su voluntad. Que la contemplación de la Virgen de los Dolores os ayude a vosotros, queridos *enfermos*, a mirar con fe el misterio del dolor, descubriendo el valor salvífico oculto en toda cruz. Y a vosotros, queridos *recién casados*, os encomiendo a la protección materna de la Virgen, para que en vuestra familia viváis el clima de oración y amor de la casa de Nazaret.

* * *

Mensaje con ocasión de la peregrinación a Tierra Santa

Mis queridos amigos:

Este viernes dejaré Roma para emprender mi visita apostólica a Jordania, Israel y los Territorios Palestinos. Esta mañana quiero aprovechar la oportunidad para saludar, a través de estas estaciones de radio y televisión, a todos los pueblos de esas tierras. Tengo un gran deseo de estar con vosotros y compartir con vosotros vuestras aspiraciones y esperanzas, así como vuestras penas y dificultades. Llegaré a vosotros como peregrino de paz. Mi primera intención es visitar los lugares santificados por la vida de Jesús y orar en ellos por el don de la paz y la unidad para vuestras familias, y para todos aquellos que habitan en Tierra Santa y en Oriente Medio. Entre los numerosos encuentros religiosos y civiles que tendrán lugar durante la semana, habrá reuniones con representantes de las comunidades musulmana y judía, que han dado grandes pasos en el diálogo y en el intercambio cultural. De manera especial, saludo cordialmente a los católicos de la región y os pido que os unáis a mí en la oración para que la visita dé mucho fruto para la vida espiritual y cívica de todos los que viven en Tierra Santa. Alabemos todos a Dios por su bondad. Seamos todos personas de esperanza. Mantengámonos todos firmes en nuestro deseo y en nuestros esfuerzos por la paz.

© Copyright 2009 - Libreria Editrice Vaticana

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana